PROLOGO

Como Péguy, a quien se parece en tantos aspectos, Proudhon ha padecido una doble desgracia: en el momento en que el siglo le volvía la espalda, burlándose de sus ideas capitales y de sus sentimientos más queridos, surgen historiadores que le atribuyen haber renegado de unas y de otros. ¿No se ha llegado incluso a ver en este teórico de la "anarquía" al protagonista de una autoridad "deslumbrante", emanación del hombre, irradiada en toda una sociedad de la que sería el soporte y el fin?; ¿a encontrar en este cooperativista "los principios esenciales de la actual economía política de un estado totalitario"?; ¿y a hacer sostener a este adorador de la justicia, que ésta no era más que la "inteligencia del más fuerte"? Otros, extremando menos la paradoja, le habían colocado ya entre los maestros de la "contrarrevolución". Desde hace unos cincuenta años se ha intentado en diversas ocasiones constituir o reanimar una tradición proudhoniana que permitiera al socialismo francés oponerse al marxismo. La interpretación era a veces tendenciosa. El resultado, hay que confesarlo, fue mediocre. La "era Proudhon" que algunos habían anunciado no ha llegado. A pesar de un equipo de excelentes editores y de algún estudio serio —de los cuales el más notable es sin duda el de Jean Lacroix—, a pesar también del renovado interés que se manifiesta hoy por algunas señales, Proudhon sigue

siendo mal conocido. Los filósofos de oficio lo desdeñan. Salvo algunas excepciones, economistas y sociólogos se niegan a tomarlo en serio. Los historiadores de la literatura, dando prueba de un gusto más severo que Sainte-Beuve, lo descuidan; apenas si son bien acogidos por un pequeño grupo, escritos tales como **Majorats littéraires** o **Confessions d'un revolutionnaire** o quizás aquellos fragmentos autobiográficos de **Justice**, dignos sin embargo de **Confessions**, **Mémoires d'outre-tombe**, de **Mémoires d'enfance et de jeunesse...**

Que los creyentes sobre todo lo ignoren o no vean en él más que un espantapájaros, nos extraña menos. Es muy excusable. Proudhon fue uno de los grandes adversarios de nuestra fe en el último siglo. Lo fue de la manera más violenta y provocadora. Su obra sigue siendo peligrosa: su llama, aquí o allá, quema todavía. ¿Hace falta decir que nosotros no tratamos de ninguna manera de rehabilitarla? No pensamos que la lucha necesaria contra el ateísmo marxista deba traducirse en un retorno a Proudhon. No tenemos por las "conciliaciones doctrinales" y las componendas a cualquier precio, distinto gusto que él. Por eso nuestro deseo no es de ningún modo amortiguar el choque de sus tesis más extremadas, sino más bien combatir las. En primer lugar, hace falta comprenderlas en su texto y en su génesis. Ahora bien, la posición de Proudhon con respecto al cristianismo no ha sido hasta aquí, desde el punto de vista cristiano, objeto de ningún estudio completo. En muchos aspectos, sin embargo, parece deseable un estudio semejante. Proudhon es el testigo del despertar y de la revuelta de las clases populares. Es también un testigo terriblemente parcial, pero con frecuencia perspicaz, del catolicismo de su época; sobre todo, el problema religioso no ha cesado de preocuparle y nunca lo ha considerado resuelto. Es lo que le distingue de tantos otros. En él se encuentra siempre el atractivo de una crítica de sus propias críticas. Su pensamiento está sometido a un ritmo que le obliga a volver sobre sus propias negaciones, de suerte que él mismo nos invita, por así decir, a aproximarnos a él, tomando partido contra

él. Responder a una invitación semejante no es "tirarle", es refutarle haciendo uso de la invitación que él mismo nos ofrece.

En uno de estos accesos de humor sombrío a los que estaba sujeto, escribía un día: "no hay que hacerse ilusiones, Europa está cansada de orden y de pensamiento; entra en la era de la fuerza bruta, del desprecio de los principios, y de la orgía. Nosotros, gentes sencillas, de costumbres dulces, de conciencia recta, hemos vivido demasiado; no nos queda más que llorar presenciando la decadencia de las naciones cristianas". Pesimismo aparte, esta queja de abandono, ¿no revelaría la pendiente de su corazón? Y hasta cuando nos lanza sus más furiosos ataques, su voz nos estimula como para obligarnos a superarlos. Ya se trate de fe, de esperanza o de caridad, la manera que tiene de sacudirnos nos obliga a una purificación saludable. Condenamos sus errores, rechazamos sus blasfemias, apelamos a él, a su buen sentido, por los excesos por los que se deja arrastrar, pero nunca entre él y nosotros se produce esa ruptura total y definitiva que hace imposible todo diálogo.

Si por encima de sus ideas, se trata de conocerle, puede darse más libre curso a la simpatía. "Creo, observaba él, que todo hombre vale esencialmente más que su sistema". Esto es en todo caso cierto para él. No es desde luego uno de esos autores a los que se podría comprender sin haber echado antes una larga mirada sobre su existencia como hombres. "La historia de su espíritu, dijo Sainte-Beuve, está en sus cartas; es en ellas donde hay que buscarle". En sus cartas y también en sus **Carnets**. Ahora bien, los unos y los otros apenas están aún explotados. Proudhon no ha encontrado todavía su historiador, tal como lo fue Xavier Leon para Fichte, o Charles Andler para Nietzsche. La edición de su correspondencia en catorce volúmenes, hecha por Langlois, fue bien pronto destruída por falta de lectores; y muchas otras cartas permanecen inéditas. Este fracaso obligó a renunciar a un proyecto de edición de

los *Carnets* en ocho volúmenes. Sólo algunos extractos han visto la luz del día. Nos hemos aprovechado de éstos y de la correspondencia. Así, comentado por el mismo Proudhon, parecerá más vivo. Si es verdad que, tanto por lo que tiene de mejor como por lo que tiene de peor, su obra puede parecer ya lejana, en otros aspectos permanece muy próxima. Proudhon no queda para nosotros solamente como un noble adversario, que merezca sobrevivir como un hermoso ejemplo de humanidad. Es un gran **espoleador** del pensamiento, y su actualidad está lejos de desvanecerse, porque es la del pensador que sin desviarnos —muy al contrario— de nuestras tareas terrestres, nos obliga continuamente a reflexionar con él sobre los problemas eternos.

(1). Varios de los textos de los *Carnets* que citamos o a los que hacemos alusión, nos han sido comunicados por el abad Haubtmann, que prepara una obra importante sobre Proudhon. Queremos agradecerse aquí. No hemos querido presentar un análisis histórico del pensamiento de Proudhon, ni siquiera limitado al problema religioso. El lector que se sienta decepcionado por ello, verá pronto su deseo satisfecho por la biografía que Daniel Halévy está a punto de acabar. Encontrará también muchas indicaciones en la gran edición Bouglé-Moysset (no terminada) de la que citamos generalmente las obras que han aparecido.